

Tumaco, tierra de mariscos

Escribe: ADEL LOPEZ GOMEZ

La batalla del mar — Bocagrande, paisaje y barricada — La penetración del mar implacable — La aventura heroica de los madereros — San Juan, isla del mar y río — El estero en la niebla — El hombre y su lucha.

La lucha entre el hombre y el mar en estas playas de Tumaco y Bocagrande, es una lucha sin tregua. El Océano Pacífico ha ganado todas las batallas, pero el hombre no ha cejado ni cejará nunca, mientras quede una faja de arena y haya siquiera el inestable suelo para una docena de palmeras. Mientras en las riberas ulceradas, cubiertas de oscuro fango, exista la tenacidad tentacular de los manglares que hincan sus raíces innumerables a la orilla de los caños y en las minúsculas isletas. Mientras resten un camarón y una jaiba en el fondo de este rico pedazo de mar.

Hace menos de un siglo la isla de Bocagrande estaba cubierta en su mayor parte de cañamelares. Es lo que dicen los más viejos en este caserío medio lacustre, trepado todo él en sus zancos de mangle, bajo el viento mugidor. Los habitantes reunidos en pasados meses para levantar trincheras contra la invasión marina, hallaron bajo la arena dos viejas masas de trapiche, hondamente trabajadas por los buriles salinos. La tierra laborable iba entonces dos o tres kilómetros más lejos sobre este infinito horizonte que ahora cubre el agua.

Y es muy posible que el viejo Dimas, negro y reseco como una petrificada raíz, pero con la cabeza blanca y lanuda bajo el sol de la tarde, recuerde ahora que allá lejos, quizá en el mismo sitio donde blanquea la vela del nieto pescador que regresa, se alzaban antes —y eran suyos— un rancho y una fila de cocoteros...

LA ALDEA

Bocagrande no es ahora más que una aldea pajiza, con su doble fila de casitas ancladas sobre la gris arena. Una de las filas —la occidental— fue barrida a medias por el maremoto que se desbordó sobre la costa del Pacífico desde Río de Janeiro, a principios de 1958. El mar cobró aquí unos metros más de playa, llevándose una veintena de viviendas y arro-

jando en otras partes de la playa toneladas y toneladas de arena, sepultando o "salando" los pozos particulares de agua dulce y dejando a veces las edificaciones con los pisos bajo el nivel del suelo.

Pero el maremoto hizo aún más en todas las pequeñas islas que se extienden desde Tumaco hasta Bocagrande. Socavó los grandes árboles, destruyó los ranchos, se llevó los animales. Y en la sufrida población de Tumaco —que aún no se rehace de sus repetidos incendios— arrasó valiosas edificaciones en los aserríos, dispersó los troncos en los "corrales" de madera, desquició los muelles, sepultó depósitos y equipos pesqueros. Y se llevó para siempre un trozo de tierra urbanizada. Dicen los que recuerdan, que un desastre igual solo se conoció a principios del siglo.

PUERTO DE MARISCOS

Pero Tumaco es duro y pujante. Cuando el mar bajo la siesta, se adormila en su calma de azogue, sin un respiro de brisa en los palmares de las huertas, el pueblo suda la gota gorda y se cuece en el feo olor de mariscos de su resaca llena de lodo. El mar casi se silencia. Pero en medio de la canícula febril, se define el rumor de las sierras sin fin en los grandes aserríos. Y a veces —muy vagamente entre los recios olores de las pescaderías— se alza el aroma verde y suave del cedro rojo, del machare o del cuángare. Y a estas mismas horas, mientras los "pianos" de los cafés descansan en los locales reberverantes, los alcatraces ahitos duermen, graves, a la sombra de los muelles en ruinas.

El ajeteo de los camarones y las langostas, los langostinos y las jaibas que Avianca moviliza dos o tres días por semana, aún palpitantes, hacia los grandes mercados del interior —Bogotá, Medellín, Cali— es oficio matinal. Empieza a realizarse desde la madrugada. Entre las siete y las nueve afluye en canoas desde los pescaderos hasta las tiendas de los comerciantes. Los mariscos han de beneficiarse apresuradamente para marchar a los centros de inmediato consumo. Pero aún queda el comercio callejero. Las calles de suelta arena están llenas de morenos descalzos que van ofreciendo su mercancía en cestos de iraca:

—Camarones... Los camarones...

LOS CAMINOS DE LA MADERA

Hacia el filo del mediodía llegan, por fin, las enormes y pesadísimas balsas de los madereros, después de una lenta travesía por el mar abierto. Vienen de lejos. A veces de muy lejos. Son —las balsas— un verdadero prodigio de estabilidad. Una estabilidad que solo puede darles la suprema pericia de los palanqueros y el cuidado sumo del avance paciente. El choque contra un bajo de arena o un madero escondido, podría separar los troncos enormes, atados con bejucos. Y reunirlos luego, en pleno mar, sería casi imposible, sobre todo para el conductor solitario que va de proa a popa sin cesar, impulsando el cargamento con su larguísima palanca.

Son veinte o treinta trozas de cedro rojo o blanco, de cuángare o de machare. Cada una de ellas pesa varias toneladas y tiene de 15 a 24 pulgadas de diámetro y la longitud ordinaria de tres metros. Vale, para el

maderero de veintiseis a treinta y cuatro pesos. Pero hay mercado fácil. Lo tremendo es conducir los árboles en bruto desde la selva misma hasta el aserrío, sin más maquinaria, sin otros elementos que un hacha, un par o veinte pares de brazos, piernas seguras, torso seguro y palancas... palancas... palancas...

Un barco de la Flota Mercante Grancolombiana zarpó esta mañana del muelle de "El Morro" con destino al puerto de Hamburgo. Lleva un cargamento de maderas de nuestras selvas. Maderas en bruto que esperaban en sus "corrales" acuáticos el cable de la grúa. Llevan hasta la corteza original y debajo de ella sus verdores y sus resinas. De ellas todo será —a través del ingenio brujo de las fábricas alemanas— productos y subproductos. Todo. Hasta los aserrines y las resinas, los tintes y las savias. Tal vez mucho de ello retorne en extrañas formas y misteriosos preparados...

LOS "CORRALES"

Los "corrales" o encierros madereros se amplían en el mar bajo, limitados por estacas precarias. El mismo peso de los troncos hace de ellos grandes cuerpos inertes en el agua panda o en los esteros protegidos, al amparo de los manglares. Desde el avión se les ve como grandes balsas de un color ocre, o como tablados arbitrarios echados sobre el mar. Al nivel de los ojos, cuando se pasea en la mañana bajo el sol benigno de las seis, uno experimenta el deseo infantil de echarse a saltar de tronco en tronco sobre la isla vegetal. Pero, ciertamente, sería un juego peligroso.

TUMACO

Tumaco, el pueblo, el puerto, las calles, los comercios, aun el mercado al aire libre, es —más o menos— un pueblo alegre. Con sus gentes y sus colores y sus mercaderías que llenan los marcos de las puertas en comercios y tenderetes, se parece a cualquier pueblo costeño, someramente vestido y reluciente de sudor. Alegre con sus negros cenceños y espigados de lanosa cabeza desnuda y pies descalzos. Alegre con sus botillerías y sus puestos de frescos nada católicos, de coloreadas mieles y empañados vasos. Alegre con sus mozas callejeras, de color, pausadas y rítmicas. Alegre con sus tocadiscos solferinos, rojos, azules, violeta.

Lo triste, lo deprimente, son los interiores. Lo que hay detrás de las casas, en los patios íntimos. Tierra sucia, cubierta a trechos de hierbecilla rala, abarrotada de trebejos. Siempre con una casilla ruinosa y maloliente que recata el retrete. Un pozo séptico en cada casa o en cada rancho. Es allí, en esos interiores míseros, donde se tiene, en un solo instante, la noción aplanadora y brusca de la pobreza, del malestar escondido.

Tumaco tiene, malo o bueno, un acueducto. Pero, sin alcantarillado, es un pueblo doloroso que se asienta sobre sus propios detritus.

SAN JUAN, ISLA DE MAR Y RIO

Se entra en el río Patía con agua alta y con grata sensación de alivio. Después de haber galopado durante una hora larga sobre las olas del Pa-

cífico —que de tal no tiene más que su nombre— éste hermoso tránsito a la paz abstraída de los esteros, es una verdadera delicia. El descanso feliz de una tensión que ha durado sesenta y cinco minutos y cuarenta y tantos kilómetros.

Ahora es la marcha serena y rítmica de nuestra lancha con sus dos motores sobre el terso caudal que es todavía un poco el mar por la penetración de la marea en su nivel máximo. Pero es ya, también, formalmente, el río. El río de montaña y selva, con su frescura cordillerana, con su misterio y su hondura, tranquilo, sin playas, dueño del ancho y sombrío bosque inundado de mangles y piñuelos rectos, empinados, solemnes y profundos. A veces, después del armonioso navegar entre aquella apacible naturaleza sumergida, quieta, con sus rastros laberínticos, y sus macizos de palmicho, vuelven el viento y el mar. El canal que serpentea y se bifurca por entre el pequeño archipiélago, ha desembocado una vez más en el océano. Aún veremos muchas veces, a lo largo del viaje, su lejana franja de espuma, antes de volver a este cauce de encanto.

Hemos pasado de largo todas las escalas habituales del viaje: la pequeña Isla del Gallo boscosa y empinada, con sus cantiles abruptos; el puertecito maderero de Salahonda, con sus taninadas orillas, sus 200 casas y sus 2.000 habitantes; la bocana de Salahondita, briosa y rizada; la bocana y el chocerío de San Ignacio, con su centenar y medio de morenos pálidos y su vanguardia curiosa de muchachitos desnudos, ojones, que se arraciman en las escalerillas de cuatro gradas de sus ranchos anclados sobre oscuros pilotes.

Y aquí estamos ya, al extremo final del largo muelle de madera de San Juan, la pequeña isla de mar y río, de 300 hectáreas de superficie, donde el Ifa está realizando, bajo la dirección expertísima de Jaime Cabrera, su gran labor experimental de coco para toda la costa de Nariño meridional.

La pequeña isla de San Juan se alarga entre el mar y el río Patía, con su hermosa playa oceánica de casi quince kilómetros, panda y suave; con sus limpias arenas que la marea pule en blando declive, con sus blancos dedos minuciosos, a la orilla de los palmares. Unos 1.500 habitantes —ochenta por ciento blancos— la pueblan en paz y entendimiento felices.

A tres horas y ochenta kilómetros de Tumaco, con sus veintiseis grados de temperatura media, San Juan es uno de los más bellos rincones marinos que puedan hallarse en toda esta costa del Pacífico, tan rica en ellos, tan fresca y amable bajo el signo de junio.

EL CAZADOR DE "RECVLAMBAYES"

Arturo Taborda tiene doce años y es ya un héroe popular en toda la isla de Bocagrande. Es un muchacho delgado, de media sangre, ligeramente pecoso, dueño de una prodigiosa dentadura y de una simpatía que contagia. Hace de ayudante en la lancha del aserrío. Sabe navegar, gobernar una vela, tender un trasmayo, distinguir en el anzuelo el pique de un róbalo o una corbina. Pero su habilidad estelar es la de cazar el precioso marisco en forma de escarabajo, que lleva el nombre de "reculambay".

El animalillo ha dado su nombre al muchacho a quien todo el mundo llama "Reculambay". Arturo detecta los signos inasibles de su presencia. Y donde no hay más que barro o agua turbia, el chico sabe que está escondido el "reculambay", a cuyo nombre aluden las jóvenes turistas con un poco de reserva y otro poco de timidez maliciosa.

Comoquiera que el "reculambay" y su enemigo humano están rodeados de un prestigio superior que suele asociarse a ideas diversas entre ellas a la de cierto potaje brioso y entusiasmador para las amorosas empresas.

Un prestigio de tales proporciones, que es imposible dividirlo o deslindarlo entre el marisco y el muchacho.

Y así, pro-indiviso, se ha consagrado a los dos un arquitectónico testimonio, al escribirlo sobre una de las casas lindas que miran al occidente, el sabroso nombre de "reculambay".

LA CANOA DEL VIEJO LORENZO

El viejo Lorenzo Cristancho está orgulloso de su gran canoa de chimbusa, fabricada en un solo tronco de ese árbol gigantesco. Es una hermosa embarcación, muy fina y esbelta, muy marinera y nada celosa. La trabajó él mismo durante dos meses, más arriba de "El Descolgadero", con filudas azuelas y escoplos sabios. En toda la costa del Pacífico, no hay nada como la canoa de chimbusa de Lorenzo Cristancho.

Porque el árbol de chimbusa es el árbol por excelencia para las supercanoas, y tiene una suma de cualidades imponderables que sabe bien un pescador pero que yo ignoro por demasiado sutiles y eruditas.

Así se explica el evidente desdén con que esta mañana vio pasar por el caño, frente a su rancho, la lancha espléndida de los señores Sinisterra de Cali. Una lancha de rutilante aluminio, con capota de bermellón y un motor Jhonson de ciento veinte caballos que da gusto y —por supuesto— velocidad. Acababa justamente de salir de su caseta nueva y la ceremonia de lanzamiento al agua no carecería de solemnidad.

Cristancho los vio hacer todo con indulgente sonrisa. Luego sintetizó así sus convicciones:

—Una embarcación de aluminio... ¿Dónde se ha visto? Una embarcación tiene que ser de chimbusa si quiere merecer el respeto del mar.

ROMANCE

Bocagrande tiene, también, su historia romántica. Empezó a ocurrir el día en que el Mr. Bell —ciudadano del norte, treinta años, graduado en ciencias geofísicas— voló por primera vez, con despejado tiempo, sobre el archipiélago surcado de canales, a bordo de un trimotor de Avianca. Llegaba por primera vez a tierras del trópico, y acababa de abandonar los claustros de su universidad gringa. Era un ingenuo sabio de ojos azules y pelo rubio, que a veces le caía en mechón sobre la frente.

Al pasar sobre Bocagrande, quedó fascinado. Y por un momento lo estaba también —a su lado— una cabinera de la Sabana. Una muchacha clara y sonriente, de chacó y faldas azules, que incidentalmente trataba de dar explicaciones geográficas en su mal inglés de la escuela comercial bogotana al joven profesor.

Podrían escribirse muchas páginas sobre aquel romance con palmeras al fondo.

Lo que ahora importa es que aquello era un romance que terminó de un modo fulminante en velo y azahares.

Una historia no muy larga que fue feliz. Pero de ella solo queda la humilde tumba blanca de Mr. Bell, entre los icacos y bajo las palmeras de Bocagrande.

EL ESTERO EN LA NIEBLA

La ruta de los esteros entre Tumaco y la playa de Bocagrande, es, prácticamente, —a excepción del mar abierto— la única que puede utilizarse por este tiempo de exiguas mareas. Pero hay un canal por entre los manglares, silencioso, lleno de suave penumbra y exótico encanto. Con agua alta la canoa se desliza bajo un arbolado techo sobre el caudal oscuro, de noche fosforescente por el tinte de los taninos.

En la mañana estática, inmóvil, con calor y vaga niebla, se avanza en la pequeña canoa, con Otto Sánchez al canalete, con el deliberado propósito de correr una aventura por entre el “peligro” de los manglares.

Otto es un negro embaucador, de copiosa verba, porte simpático y bellísima dentadura, hecho a propósito para convencer a los turistas bisoños que desean ser protagonistas de una tremenda hazaña. Tiene once años y es un granujilla delicioso. Si fuera a creérsele cuanto dice... Nadie habría capturado mayor número de lisas, ni más hermosas corbinas ni más formidables jaibas.

Ha contado a mi compañero las más estupendas cosas, ayer mientras los dos conversaban junto al mar y fabricaban, en colaboración, un castillo de arena. Le ha hablado de sus sedales y señuelos, de las aficiones, gustos y malicias de los peces. De los machetajos, gualajos y cautisas que ha capturado en su vida. De los “monstruos” que viven en los pantanos y de otras muchas fértiles imaginaciones.

Mi compañero ha tomado —por su parte al menos— la temeraria decisión de dar una batida. Es un caballero del interior, muy dado a sensacionales “lecturas” y a la familiaridad cotidiana de prodigiosos personajes. Se llama Jorge Ignacio y tiene cinco años.

La niebla es apenas un velo levísimo. Pone a lo largo del canal, entre las raíces del manglar, una nueva dimensión misteriosa. Se oye a veces, en la expectante marcha, el leve crujido de los cangrejos. Son cangrejos barreños, grandes, nerviosos, de color blanco-rosa. O tasqueros para car-

nada, rojos, amarillos, azules. Muchos. Innumerables. Se fugan por entre los troncos. Se pierden en los negros agujeros. Se hunden en el agua espesa, color de café.

—¿Hay aquí monstruos, papito?

—Claro que los hay...

Hablamos ampliamente sobre las tribus "bamdessi", sobre ocultos espías y perversos merodeadores. Hablamos de la "selva profunda". Otto Sánchez se siente extasiado, y por primera vez se olvida de hablar para escuchar. Rema despacio, silenciosamente.

Cuando desembocamos en el estero, asoma su cara el sol. Ha terminado la aventura. Durante una hora de encanto, hemos viajado en compañía del viejo Mark Twein...